

A la paz, por la justicia

Federico Velázquez de Castro
González

Doctor en Ciencias Químicas.

En este comienzo de curso nos ha consternado el ataque contra varios edificios emblemáticos de los Estados Unidos y el alto número de personas que perdieron la vida en tan singular acto de barbarie. Sin embargo con- vendría reflexionar (el viejo dirigente albanés Enver Hoxha precisaba que la primera reacción correspondía a los caballos y la segunda era la de los jinetes) sobre algunos aspectos relaciona- dos con este suceso.

Una primera impresión que recor- rió en un primer momento el mundo fue la falta de seguridad: ni el país más poderoso de la Tierra puede garanti- zar la protección de instalaciones y personas. Todos queríamos vivir en paz y sosiego, sin miedos ni amenazas, que en cualquier momento y en el sitio más inesperado pueden aparecer. Para buscar más protección y seguri- dad, una vía, quizá de las más escu- chadas en estos momentos, sea la de armarse, levantar más muros y escu- dos, sofisticar las tecnologías de de- fensa y ataque. Mas, a la vista está, que aun teniendo los arsenales más poten- tes, siempre quedarían grietas por donde infiltrarse. En todo caso, la dia- léctica militar y, mucho más, la del ojo por ojo son caminos sin salida, gene- radores de sufrimiento, generalmente entre los más débiles, y alimento de una espiral sin fin de violencia de la que tan bien previno el obispo brasi- leño Helder Cámara. Ojo por ojo y el mundo quedará ciego, decía Mahat- ma Gandhi. Y esta consideración, car- gada de sabiduría, debiera descartar las vías violentas como solución de los conflictos. Porque para ello no parece haber más camino que la justicia.

Los poderosos, a través de los me- dios de comunicación, quieren pre- sentar los problemas como un enfren- tamiento maniqueo entre buenos y

malos, democracia y terrorismo. De- bemos estar muy atentos a estos men- sajes que incitan las bajas pasiones y sustraen la verdad a los pueblos. En realidad esta manipulación de la his- toria no es nueva: moros y cristianos, indios y colonizadores, salvajes y civi- lización. Si hoy existe violencia insur- gente es como resultado de conflictos sin resolver, y de un modo más gene- ral del enfrentamiento entre los blo- ques del siglo XXI: Norte y Sur, ricos y pobres.

Es en momentos como éste cuando se echan en falta espacios de debate en lo sindical, ciudadano, vecinal, profesional..., que forme criterios e imprima autonomía.

En cuanto a los primeros, Palestina es una de las heridas sangrantes en el mundo árabe. Dominada por las pre- tensiones sionistas, al menos las Na- ciones Unidas han elaborado seis im- portantes declaraciones condenato- rias del Estado de Israel, que no lograron salir adelante como conse- cuencia del veto de los Estados Uni- dos. Su apoyo incondicional a Israel como punta de lanza de los intereses «occidentales» en el mundo árabe unido a su papel de gendarme inter- nacional, los ataques a Irak y la defen- sa de uno de los países más corruptos de la región (Kuwait), han colocado a USA y a lo que representa como un país odiado por las masas musulma- nas.

Abundando en esto último, algún cínico Jefe de Estado ha declarado la superioridad de nuestra civilización frente a la islámica. La visión estereotipada del Islam lo representa pobre, primitivo, fanático y atrasado, frente a nuestra civilización avanzada, rica, democrática y liberal. Mas el conflic- to, una vez más, no se da entre religio-

nes o culturas, sino entre ricos y po- bres, ya que el hecho religioso no es una abstracción que se corresponde igual en todas las situaciones, sino que se enmarca siempre en un contexto económico y social.

El Islam, tal como lo conocemos, es la expresión de unas sociedades po- bres y de bajo desarrollo, en donde la religión juega un papel vertebrador e identificativo. Si nosotros, en este mo- mento, conviviéramos con un pueblo cristiano de la Edad Media, posible- mente nos horrorizaríamos de mu- chas de sus prácticas. Por tanto, lo que tenemos frente a nosotros son pue- blos empobrecidos, de los que mu- chos de ellos han sufrido la coloniza- ción occidental y han visto convivir la riqueza fácil del petróleo con sus tra- dicionales prácticas agrícolas o gana- deras, cuando no nómadas. Una vez más, la solución pasa por el encuen- tro, el diálogo, la cooperación y, sobre todo, la restitución, contribuyendo al desarrollo económico y social, además de la resolución urgente del problema palestino, poniendo límites estrictos a la política expansionista del Estado de Israel.

Algunas reflexiones más se añaden al conflicto. Que estamos carentes, en medio de nuestra avanzada tecnología y de nuestra opulencia, de educación y cultura. Al poder económico, y a los gobiernos que lo representan, le inte- resa tener *masas* y no *pueblos*, rasgo común éste a Oriente y Occidente. Masas manipulables, enfervorecidas, que aquí y allá pidan venganza, sin crear espacios de reflexión que elabo- ren salidas constructivas a los conflic- tos, y que disientan, si llega el caso, de las consignas del poder. El poder tam- bién apuesta por sociedades desverte- bradas, de comunicación vertical, con medios de difusión controlados. Es en momentos como éste cuando se echan en falta espacios de debate en lo sindical, ciudadano, vecinal, profesio- nal..., que forme criterios e imprima autonomía.

Mientras no exista justicia y no allanemos los caminos que conducen hacia ella no habrá ni libertad ni paz duradera. ...sin justicia nuestra seguridad estará pendiente de un hilo y, desde luego, no es el imperio ni los países ricos quienes tienen interés en conseguirla, pues nuestro sistema económico está fundado en la explotación de los muchos por los pocos.

Este rescate de la dimensión social y política de cada persona, se irá tornando cada vez más necesaria e imprescindible para pensar en una humanidad más plena y digna. De estar pegados al televisor, representando, como de costumbre, el papel de observadores, debemos pasar a sujetos, tomando en nuestras manos las riendas de nuestra vida, que además de personal y familiar, también lo es política y social. Los muertos de los conflictos suelen ser civiles (es decir, gente como tú y como yo), de modo que colocando la cabeza bajo el ala y mirando hacia otro lado, no conseguiremos sino que otros sigan decidiendo por nosotros, decisiones que pueden afectarnos más seriamente de lo que imaginamos.

Conviene que concluyamos que mientras no exista justicia y no allanemos los caminos que conducen hacia ella no habrá ni libertad ni paz duradera. No se trata de rehuir los conflic-

tos, éstos estarán siempre presentes a lo largo de la historia, sino resolver, con corazón y cabeza, haciendo posible el encuentro, primero, y más tarde empeñándonos en una solución justa de cada contencioso, apoyando los intereses legítimos de los pueblos. Nadie garantizará nunca la tranquilidad que todos anhelamos, pero de algo estamos bien seguros: sin justicia nuestra seguridad estará pendiente de un hilo y, desde luego, no es el imperio ni los países ricos quienes tienen interés en conseguirla, pues nuestro sistema económico está fundado en la explotación de los muchos por los pocos. De ahí que sean, una vez más, sólo los pueblos a quienes les *queda la palabra* para apostar y comprometerse con coraje en la promoción de los empobrecidos y oprimidos, más allá de los marcos religiosos y culturales propios. Antes lo decíamos por razones éticas, ahora también por razones prácticas, de pura supervivencia.

